

de aguardar
te para sac
otra agua q
se mezcla c
la primera
Las heces p
den aprove
charse par
hacer past
llas.

siten enviar
los excelent
a Mad. Gran
heradísima
modo sigui
a justa sob
n rebajar na
pecho, todo
ando la esp
adada, todo
prendiendo
palda.

de alto del
de llegar en
del vientre.
as medidas
tro corsé, se
fin de no a

la fábrica

para tapete.
m. 23.)

on lazos ros
vo y original
como distin
egan hasta
es largos de
ja adornada
arnecida de
sa.

ara baños d
ote azul os
con sarga
ica abre por
as sobre un
, y parece
ncilla sobre
turon man
po y cayen
etras. Pan
trencillas
ro de paño
e y lazos co

(Patron
por el reverso)

AL.

l. JOSÉ ROV

A, 15.

de París y
as nove
o los más
nicos que
or de una
á ponerlo
blico que
que tengo
pedidos.



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 33. - Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Setiembre 1877. | Se publica en diez distintos idiomas. - Año XXVII.

SUMARIO: Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda. - Vestido con túnica adornada de encajes. - Túnica recogida en forma de chal. - Cuerpo-blusa para traje de sociedad. - Vestido de sociedad para señorita. - Traje con túnica formada con dos chales. - Traje elegante para casino. - Cofia de mañana. - Sombrero campana. - Túnica con escote cuadrado. - Vestido con paletot figurado. - Traje guarnecido con galones bordados y plisés. - Traje completo para niño. - Vestido con manteleta para señora. - Ves-

tido princesa con cola postiza adornada de plisés. - Flores de lana. - Estuche para tafetan inglés. - Puntilla y entredós bordado en tul. - LITERATURA: La mártir de la amistad, por Aurora Pérez Abela. - Poesía, por Ramon de Campoamor. - El ex-voto, por Adolfo R. Ganez. - Cila, por Aurora Lista. - La casa del Indiano, por Joaquina Balmaseda. - Charadas. - Economía doméstica. - Variedades. - Explicación del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS

1. TRAJE CON TÚNICA GUARNECIDA DE ENCAJES.

Nada más lindo que el adorno de esta túnica, el cual por delante sube hasta el escote. El de atrás, como se ve en el grabado, sube á morir bajo un lazo de cinta y encaje que oculta asimismo los recogidos de la túnica y va dispuesto sobre una pasa de tul fuerte de 3 centímetros de ancho y rodeado de una puntilla de 8 centímetros. El plisé está sujeto con suma elegancia por dos tiras de muselina enlazadas y orilladas con una puntilla.

2. TÚNICA PRINCESA RECOGIDA EN FORMA DE CHAL.

Dos volantes plisés de 8 centímetros de altura, adornados con una puntilla y terminando con un biés, constituyen el guarnecido de la falda de lana azul oscuro, la cual se completa con una túnica recogida en forma de chal y que lleva al canto un volante nesgado, una puntilla y un plisé sujeto con un biés de 4 cents. de ancho, con vivo blanco, así como las costuras de atrás. Las puntillas son de hilo crudo ó blanco mate. Para formar bien el recogido de la túnica, debe dejarse al paño todo su ancho (80 cents.), reduciendo la parte que ciñe la falda por medio de tablas de 40 cents. de ancho por debajo del paño ligeramente drapeado.

3. CUERPO-BLUSA.

Como hemos dicho varias veces, los cuerpos de blusa parecen querer entronizarse este invierno.

Para el patron, véase el pliego de ellos que acompañaba al número del 18 de Julio último, con canesú y espalda fruncida, ó lisa si la persona que debe llevarlo es gruesa.

El modelo es de foulard gris á rayas negras. La manga, entrecancha, va fruncida y montada á un puño de 7 centímetros de ancho, por el que pasa fácilmente la mano. Este puño está oculto por una carterita colocada hacia atrás y adornada de encaje, así como el cuello vuelto. Una puntilla igual coquillé adorna el delantero y oculta los botones y ojales.

4. TRAJE PARA JOVENCITA.

Para hacer el cuello de entredoses y encaje de palillos, hoy tan en moda, se corta un patron de papel, hilva-



1 Y 2. TRAJES DE PASEO Y VISITAS.

1. Vestido con túnica adornada de encaje.

2. Túnica recogida en forma de chal.

nando sobre él dos entredoses de 3 á 4 cents. de ancho, circuidos de una puntilla puesta lisa, pero á la cual debe dejarse el ancho necesario para que no se frunza en los ángulos. Este cuello no lleva puño, sino que se monta á una corbata de terciopelo, cinta ó faya que sirve de transparente y termina por delante con un lazo.

Los ángulos de la corbata pueden adornarse con el mismo encaje.

Un plisé de crespón de China liso rodea el escote del vestido. El adorno de las mangas forma juego con el cuello.

puntilla fruncida alrededor del cuerpo y en el bajo de la túnica constituye asimismo las manguetas cortas. Lazos de cinta de color; mitones de malla hechos con seda blanca.

10 Á 15. FLOR DE LANA: LILAS.

Materiales: Lana musgo lila de 3 tonos, seda de coser amarilla y verde-azulada, alambre.

Las hojas y las flores (grabado 10) están hechas á feston.

5, 6 Y 7. TRAJE CON TÚNICA HECHA CON DOS CHALES.

(Patron del cuerpo largo: en el pliego que acompañaba al número del CORREO del 18 de Agosto último.)

Dos chales beige con franjas forman esta túnica original, que se lleva sobre una falda de faya negra ó marron guarnecida con volantes plisés, y cuerpo de aldetas largas y ceñidas, abrochado atrás.

Los chales empleados para el modelo son color Habana claro con rayas de tono más oscuro y azul claro. Los flecos que los adornan y tiras de pluma azul constituyen el guarnecido. Para el arreglo de la túnica, véase el croquis de tamaño reducido, núm. 7, sobre el cual se hallan las medidas exactas: *a* indica el centro de delante, en donde se deja por abajo todo el ancho de la tela; una parte del segundo chal *b* sirve para el paño de atrás; las puntas del primero y los retales del segundo bastan para sacar el cuerpo y las mangas.

E delantero de la túnica se monta al cuerpo con una costura vuelta; cinco tablas recogen los costados y el paño de atrás, reducido á 20 cents. de ancho por una doble tabla y montados con cabeza: éste no se cose más que de un lado al paño de delante, pues el otro lado, terminado con la franja, cae recto y se fija con algunas puntadas sobre el paño de delante, tirado hacia atrás por medio de cintas. Los grabados 5 y 6 indican claramente la disposición del adorno.

8. TRAJE PARA CASINO.

El volante de la falda, montado con cabeza, termina con un dobladillo de 4 cents., por encima del cual va colocado un entredós de encaje. La graciosa túnica, muy ceñida, se compone de bullones de 8 cents. y entredoses de 3 cents. de ancho. Por detras puede completarse con un cuerpo de aldetas largas y ceñidas. La

El grabado 5 muestra cómo la hebra, dispuesta en lazada, va rodeada de 8 puntos de feston: hechos ya, se tira el hilo superior de la lazada, y se forma así el borde del cáliz, alrededor del cual se fijan los 4 pétalos.

Cada hojita se compone de 3 puntos de feston. Correspondiente á lo largo del pétalo, la hebra de lana pasa por en medio de estos dos puntos, y viene á anudarse en la parte superior de la hoja. (Véase grabado 12.)

Para empezar la hoja siguiente, la hebra, pasando por debajo de la aguja, sale en el segundo punto siguiente del cáliz, como lo indica el grabado 13. Cuando las cuatro hojas estén fruncidas (véase grabado 14) se termina el cáliz con 8 puntos de feston, hechos en el borde de los 8 primeros que se hallan debajo de las hojas, y algunos puntos por encima.

Un tronco de alambre, terminado por algunos estambres de seda verde y amarilla, 4 puntos de feston más cortos de seda azul verdosa, figuran los pistilos. El cáliz del capullo empieza, según su tamaño, con 6 ó 8 puntos de feston alrededor de la lazada (véase grabado 12); 8 puntos largos dispuestos en círculo (véase grabado 15) forman su parte superior; se pasa una hebra de lana para ceñirlos, dando por resultado una cabecita redonda. El grabado 16 explica el principio de la segunda vuelta de puntos de feston, descendiendo, para el cáliz del capullo, que se enganchan igualmente en el pie del feston y se completa exactamente como la flor.

17. COFIA DE MAÑANA.

Esta cofia original recuerda la reforma del sombrero pifferari, que todavía llevan los niños. El fondo es un óvalo de tul fuerte, de 24 cents. de largo por 22 de ancho; el borde exterior se reduce á 50 cents. de radio por algunos pliegues, y se sostiene con un alambre cosido dentro de la tela. Dos órdenes de plissés finos de 4 centímetros de ancho caen hacia afuera y rodean el borde; oculta la pegadura por el fondo vuelto, cubierto de biases de muselina. En el centro de atrás se ponen lisos alrededor del casco, y por delante, las puntas ligeramente sesgadas y el costado largo, se recogen en pliegues profundos. Un lazo de cinta de tres tonos oculta su union.

18. SOMBRERO «CAMPAÑA» PARA JOVENCITA.

El borde, de paja amarillo de oro, se coloca chato sobre el cabello y está casi enteramente cubierto por un encaje fruncido.

Una cinta de 6 cents. de ancho rodea el fondo, sirve de transparente á una guirnalda de espigas, y descende por atrás en largas caídas. En el costado un ramo de flores azules y lazos de cinta. En el borde lleva una ruche de gasa azul.

19. TÚNICA CON ESCOTE CUADRADO.

La túnica princesa está adornada con entredoses puestos á lo largo, y á la distancia de 10 cents. los unos de los otros. Las costuras del vestido llevan vivo azul, y lazos de cinta y encaje de palillos completan su adorno; fichú de crespon de China, sombrero de paja de arroz guarnecido con terciopelo negro y plumas blancas. Mitones largos de hilo.

20. VESTIDO CON PALETOT FIGURADO.

El modelo es de foulard á rayas azules sobre fondo gris, con biases azules ribeteados de blanco. La limonera puesta sobre el costado lleva una solapa azul ribeteadá de blanco. La disposición del adorno, como indica el grabado, figura falda y paletot ceñido en la cintura, y es de fácil ejecución.

21 Y 9. VESTIDO ADORNADO DE GALONES BORDADOS Y PLISSÉS.

Los galones están bordados á punto de cruz con encarnado y azul, y son de 6 cents. de ancho. El traje consiste en falda, túnica y cuerpo de largas aldetas.

La túnica abre atrás y va recogida, como indica claramente el croquis (grabado 9), en el cual va también indicada la jareta cosida por ambos lados. El plissé de la falda tiene 8 cents.; el de la túnica y el cuerpo 6.

22 Á 24. TRAJE PARA NIÑO (PANTALON, CUERPO INTERIOR Y FALDA PLEGADA).

El grabado 22 muestra el trajecito por delante, de lana azul, adornado con biases de lana azul y blanca. Los modelos separados son de lana á cuadros, guarnecidos con biases bordados á la cruz con encarnado y azul. El pantalon cierra sobre el costado y se monta al cuerpo interior (véase grabado 23) el cual abrocha atrás. El boton

que hay delante sirve para sujetar la blusa, plegada y provista de ojales correspondientes á los de la cintura. La blusa cierra delante, y mide 35 cents. de largo por delante, 40 atrás y un metro de vuelo, sin contar la tela necesaria para la doble tabla de 9 cents. de ancho que hay delante y atrás y los pliegues de los costados. Una cintura de 3 cents. de ancho se cose al pantalon, ligeramente fruncido. Las solapas de la manga tienen 9 centímetros de altura.

Cuello vuelto y corbatita de cinta. Los pliegues de la falda corresponden á los de la blusa: esto es, los de delante y atrás, y los de los costados. Tiene 22 cents. de largo por 262 de vuelo.

25. ESTUCHE PARA TAFETAN INGLÉS.

Un pedazo de hule de 12 cents. de largo por 8 de ancho, cubierto de seda, en la cual se borda á cadeneta un medallón y las iniciales, constituyen este útil objeto.

26 Y 27. PUNTILLA Y ENTREDÓS BORDADOS EN TUL.

Ambos imitan el encaje de Malines, y son de un grande efecto para adornar trajes de seda y fichús hechos en seda para los primeros y en hilo plata para los segundos.

28 Y 29. TRAJES DE PASEO.

Es el primero de faya oscura, guarnecido con dos volantes, y túnica y manteleta de granadina del mismo color, guarnecida la última con fleco de seda anudado.

El segundo es un vestido princesa con cola adornada, pudiendo ser figuradas las solapas de la parte de atrás. En nuestro modelo son postizas, y añadidas en las costuras de los costados y la espalda: miden 80 cents. de largo, 14 de ancho de arriba, y de abajo 12, y 9 en la cintura. Debajo de estas solapas se pega la cola, guarnecida de volantes plissés de 8 cents. de ancho. Un doble ribete adorna las solapas de la espalda.

Las écharpes, cosidas á ellas, se anudan sobre la cola, y son de faya de color que corte. Por delante el vestido está adornado igualmente de volantes y plissés.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administración, para recibirla franca de porte.



MÁRTIR DE LA AMISTAD.

Á LA SEÑORITA

DOÑA JOSEFA ABELA Y SAINZ DE ANDINO.

Para tí, que comprendes y practicas la amistad en su grado más sublime, he escrito esta

LEYENDA.

Que hay más allá de la vida
un cielo que nunca acaba,
donde renacen eternas
todas las flores del alma.

GUMERSINDO F. DE LA ROSA.

DESPEDIDA.

I.

La tarde está fresca, la brisa suave, y las aves entonan melodiosos cantos de amor.

El sol abrasador de Agosto acaba de ocultarse.

Es la hora del crepúsculo, la hora de los recuerdos tiernos y alegres, dulces y amorosos. La hora misteriosa en que el corazón siente con mayor fuerza, y se ama y se sufre con más vehemencia. La hora de las bellas impresiones que inundan nuestra alma haciendo que los recuerdos que en otras pasan desapercibidos arranquen lágrimas á los ojos.

¿Quién es aquella encantadora jóven que desde el umbral de la puerta de una modesta casa contempla, pálida y melancólica, los sonrosados reflejos del sol en las nubes?

Bella como el ángel de los amores, seductora y esbel-

ta, esa mujer tiene arrasados en lágrimas los ojos, y grandes surcos oscuros los rodean.

Largas y rizadas pestañas los guarnecen, coronando los arqueadas y sedosas cejas, cuyo color de azabache hace resaltar más la nacarada blancura de su tez.

Sus cabellos bajan en bucles de ébano hasta la flexible cintura, acariciando su cuello de cisne y su puro frente.

Su nariz aguileña da á su hermoso rostro una admirable expresión de simpatía, y su boca de coral deja ver al entreabrirse una hilera de dientes como perlas.

Su respiración es fatigada, y de sus labios se exhala ahogados suspiros.

¿Por qué sufre? ¡Ah! ¡tan jóven! ¡tan linda! ¿Qué será lo que la hace padecer? ¿qué dolor desgarrará su pecho? ¿por qué inclina mustia y abatida su encantadora cabeza, cuando apenas contará diez y siete años?

¡Ah! que los martirios del corazón no respetan la juventud, y en ella son terribles sus tormentos.

Las campanas de la parroquia tocan á la oración; la jóven se arrodilla maquinalmente, cruza sus manos y eleva al cielo la purísima mirada de sus negros ojos.

De hinojos, con el cabello tendido sobre su espalda, envuelta en un vaporoso traje blanco, levanta las manos en señal de rúbrica, demanda piedad y consuelo para los errantes mortales.

Cuando concluye su fervorosa oración, se levanta; sus ojos adquieren un brillo celestial; en su frente se ostenta una dulce aureola, y sus labios se entreabren con una melancólica sonrisa, murmurando con voz semejante al murmullo de la brisa que se pierde entre los árboles:

—¡Valor, madre mía, valor!

De repente sus ojos se dirigen hacia un extremo de la calle, y tiembla como las tiernas florecillas cuando son combatidas por el viento.

Se acerca á ella un jóven.

Alto y esbelto, rigurosamente vestido de luto, el desconocido se adelanta con paso seguro, y sus ojos, negros como los de ella, la envían una tiernísima mirada.

En su boca, algo grande, se dibuja una triste sonrisa.

Es moreno, rasgados y expresivos sus ojos y pálido su semblante, bañado de melancolía.

Al llegar junto á la jóven, ésta adopta una actitud reservada; su boca se pliega severamente, y se dispone á retirarse.

Pero sus movimientos son lentos.

El se llega á ella.

—Amada mía, exclama con amoroso acento; ¡ah! ¡por favor, oidme; ved que vengo á daros el último adiós!

Y la voz del jóven caballero vibra suavemente, y sus negros ojos despiden ardientes rayos de pasión.

Ella se detiene.

—Áurea, continúa él, mi padre me llama, me recuerda mi deber; los estudios reclaman mi presencia; parto esta noche, pero os dejo mi corazón.

La jóven permanece silenciosa; apoya su mano en el dintel de la puerta, y en ella su dolorida cabeza; sus labios tiemblan descoloridos.

—¡Pero, Dios mío! prosigue él con apasionada ansiedad; ¿qué teneis, Áurea? ¿Por compasión! ¿Por qué no aceptais mi amor? ¡Ah! un día vislumbé un rayo de esperanza, para caer luego en la más tenebrosa oscuridad. Áurea, vos sois desgraciada, vos sufrís, y yo muero de dolor. ¿Queréis que os enseñe á amar? ¡Ah, por Dios! Entreabrá vuestros labios una sonrisa, siquiera sea de desden. Al rechazarme, al desgarrar sin piedad mi pecho con vuestra indiferencia, yo abrigaría un resto de felicidad si os pudiera contemplar dichosa. ¡Ah! creedme: un átomo de ventura me tornaría menos amarga la copa del dolor que me haceis beber. ¿Por qué padecéis? ¿Por piedad, decidmelo! Yo os he conocido melancólica, pero no teníais esa tristeza que me mata. ¡Ángel encantador, de los ojos de azabache! ¿por qué sufrís? ¡Ah! acoged mi amor. Si no os bastan tres meses de ruegos y desdenes, permitidme venir de vez en cuando á embriagarme con el dulce néctar de vuestras miradas, escribiros cartas en que la pluma interprete mis sentimientos ardientes con el fuego que rebosa el corazón. ¿Nada decís? ¡Ah! ¿No veis el misterioso silencio que se extiende alrededor de nosotros? ¿No observais las tinieblas que al esparcirse son disipadas por la luna? ¡Ay, Áurea! Esta calma, aquellos árboles que á lo lejos se distinguen, y que se asemejan á fantasmas al reflejar en ellos los pálidos rayos del astro de la noche, ¿no despiertan en vuestro corazón sentimientos dulces, suaves, desconocidos? ¿No entreveis, al mirar esas blancas nubes, mundos de felicidad pura, celestial, embriagadora? Los árboles, el silencio, la luna, el cielo, todo esto ¿no os habla de amor?....

La jóven levanta la cabeza, fija su brillante mirada en su amante, echa hacia atrás los ensortijados bucles

de sus negros cabellos, y erguida, majestuosa y severa como un busto romano, dice con acento imperioso:

—Retíraos, Gerardo. Absorta en mis reflexiones no he reparado que dejaba trascurrir el tiempo aparentando escuchar vuestras palabras de amor. Retíraos; mi resolución es irrevocable. Jamás volvais á dirigirme esas frases. Vuestra pasión nunca será correspondida, ni vuestras quejas hallarán eco en mi corazón. Adios.

Y la joven desapareció, cerrando tras sí la puerta con violencia.

—¡Áurea, Áurea! murmuró anonadado el caballero; me desprecias! Creía que escuchabas enternecida mis palabras, y no obstante me rechazas. ¡Ángel de mis amores! ¡Soñé yo ver un día tus hermosos ojos dirigirme una mirada impregnada de ternura al par que un encantador sonrosado cubría tu dulce rostro, y oír de tu seductora boca algunas palabras amantes? No, no lo soñé. Tú dijiste conmovida, al comprender la vehemencia de mi pasión: "necesito creerlo, porque este amor es necesario á mi corazón;" y luego te tornaste desdeñosa y huiste de mí sin piedad. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Habrá llegado á este humilde y florido rincón del mundo la corrupción de las ciudades? ¿Serás tú veleidosa y coqueta? ¡Ah! no; ¡es imposible! ¡Perdóname, estoy loco! Mujer angelical, yo necesito tu amor; me hacen falta tus miradas y tus sonrisas. ¿Qué misterio te envuelve alejándote de mí? ¡Ah! yo lograré hacerlo desaparecer; yo te escribiré, te pintaré con vivos colores la intensidad de mi ternura, y seguiré hasta que logre tu cariño, porque jamás podré arrancarte de mi alma.

Y Gerardo, lanzando la última ardiente mirada á la blanca casita de su amada, iluminada por los plateados rayos de la luna, se aleja sumido en amargas reflexiones, á tiempo que se oyen los cantos de los grillos y las cigarras en la cercana arboleda.

(Se continuará.)

AURORA MARÍA PEREZ Y ABELA.

DOLORAS

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Las dos almas.

—¿Adónde vas, alma mía, Hacia ese mundo perdido?

—A ser alma de un nacido La Omnipotencia me envía.

—Y tú, alma mía, ¿qué vuelo Sigues, ganando la altura?

—Dejo á uno en la sepultura, Y voy caminando al cielo.

—Puesto que subes, hermana, Y te hallo al bajar al mundo, Dime si es....—Un caos profundo, Que llaman cárcel humana.

Prosigue, y no tan altiva, Hermana, bajas ahora; Porque vas, siendo señora, A ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido, Sigue en loco devaneo, Cada potencia un deseo, Y un gusto cada sentido.

Pues de ansia de goces lleno Busca el oído armonía, El paladar ambrosía, E impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma Van los sentidos gozando, Mientras que á merced, flotando, Va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales Y tan contrarios vaivenes, Si el alma delira bienes, Acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra, Y el alma adorando al cielo, Siempre están, en su desvelo, Carne y espíritu en guerra.

—Pues si ya, el cielo ganando, Dejaste cárcel tan fiera, ¿Por qué al aire, compañera, Vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo Séres que también se adoran, Y que al dejarlos se lloran, Como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo escalas, Y al mundo voy qué tú dejas, Llevemos, pues, tú mis quejas, Y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo adonde me alejo, Cuando le muestre tu llanto, Muestra mis ayes en tanto Al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde De mi cautiverio el día, Queda adios, hermana mía. —Hermana mía, Él te guarde.

No hay dicha en la tierra.

De niño, en el vano aliño De la juventud soñando, Pasé la niñez llorando Con todo el pesar de un niño.

Si empieza el hombre pensando Cuando ni un mal le desvela, ¡Ah!

La dicha que el hombre anhela, ¿Dónde está?

Ya joven, falto de calma, Busco el placer de la vida, Y cada ilusión perdida Me arranca, al partir, el alma.

Si en la estación más florida No hay mal que al alma no duela, ¡Ah!

La dicha que el hombre anhela, ¿Dónde está?

La paz, con ansia importuna, Busco en la vejez inerte, Y buscaré en mal tan fuerte Junto al sepulcro la cuna.

Temo á la muerte, y la muerte Todos los males consuela. ¡Ah!

La dicha que el hombre anhela, ¿Dónde está?

EL EX-VOTO EN EL TOCADOR.

III.

El cuarto-tocador de aquella señora era una espaciosa habitación cuadrada, con una gran ventana que daba á un patio, oculto por un transparente que representaba un grupo de plantas y flores acuáticas, hermanadas en gusto con las que resaltaban en el papel de las paredes: un friso alto, como de una media vara de ancho, de terciopelo carmesí, con cinta del mismo color en el ribete, sujeto por tachuelas de acero, presentaba, rodeando aquella pieza, un conjunto de fotografías que copiaban retratos de amigos, paisajes y edificios. Dos banquetas, colocadas una frente de otra, de terciopelo grana, hacían juego con algunos taburetes y varias butacas agrupadas en torno de la mesa de tocador, de un velador y de dos armarios que parecían hacer centinela á una puerta que, cubierta por el portier de terciopelo, dejaba adivinar el cuarto de aseo, ropero y baño, que allí debería existir, por descubrir yo en mi curiosidad, detrás de la cortina, la variación del pavimento, pues mientras el que pisábamos estaba vestido con hule charolado en un dibujo arabesco, el otro, que apenas se descubría, era de mármol blanco y de pizarra á cuadros.

Algunos *statiers* salpicaban las paredes entre repisas con estatuas y bustos, candelabros, espejos y varios cuadros.

Yo observaba todo esto á hurtadillas, haciendo esfuerzos por fijarme en algo que me distrajera de la mirada de la hermosa María, tan expresiva y dulce, que podría dar al traste con el corazón más opuesto á los amores.

Aunque el mío pertenecía á una mujer adorable, como estaba ausente de ella, encontraba semejanza con aquella joven, con el pasado de mi amada, y temía resbalar en la conversacion con alguna sandez, si me dejaba arrebatar por las gracias de aquella muchacha encantadora; esto hubiera sido un golpe de violon; no hay cosa más ridícula que un hombre formal diciendo ternezas á una pollita linda delante de sus papás.

La conversacion continuaba, y yo me iba explicando el recuerdo de aquellos apellidos, por lo que mi hermano me habia contado de sus relaciones con mi interlocutora, la cual conservaba todavía ese dominio de que dispone la mujer, á pesar de sus años, cuando conserva restos de su belleza y es discreta.

Asela parecía ya una antigua conocida; ínterin su pa-

dre me refería sus adelantos en la lectura y en el piano; ella mezclaba frases en la conversacion, con un gracejo que encantaba, y hasta el pequeño se habia aproximado á mí para apoyar con sus gestos y monoslabos lo que su familia me refería.

La madre me dijo que encontraba mucho parecido entre mi hermano y yo, y que esto la predisponía á mi aprecio, pues aunque en su tiempo no se enlazaron, quedaron como amigos; su rompimiento no fué debido á nada que envolviese faltas de corazón.

—Señora, le objeté entonces; ya sabría V. su enlace, verificado ántes que el suyo, y en el cual ha sido bastante feliz; mi hermana política es un dechado de virtud y de talento, y los dos hijos que tiene son modelos de honradez y de habilidad; pero mi pobre hermano murió hace dos años.

—¡Pobre! exclamó sentida la señora; ¡qué lástima! Era joven todavía y hará falta á su familia.

—Ésta me ha referido, dijo á su vez mi amigo, sus relaciones y trato posterior amistoso con su hermano, y lo he apreciado por los rasgos que de su caballerosidad he sabido; lo siento, y le damos á V. nuestro sentido pésame.

La simpática María con una rápida mirada se puso al tanto de la sensación que este disgusto nos podía causar á todos, y con una voz tan fina como clara me dijo:

—¿Es V. casado? ¿Tiene V. también niños?

—No, señorita, la respondí; á mi regreso del viaje debo desposarme con mi futura, á quien V. dá cierto aire en su fisonomía.

La joven se ruborizó.

Yo, que comprendía que las preguntas de María no llevaban otro objeto que distraerme de aquel pensamiento, sin saber cómo las rechazaba, puesto que insistía en sacar en relieve algo de mi hermano que refrescara su memoria.

Un insignificante gesto que ésta hizo me esforzó por arrepentirme de mi poca perspicacia, y pensándolo ántes que se dice, tomé la resolución de adoptar un partido definitivo, variando por completo la conversacion en términos de que no pudiera volverse á reanudar.

No tardé mucho en conseguirlo; frente á mí hallé un cuadro que habia atraído mi curiosidad, y que fué el blanco de mi defensa. Era muy raro, y sobre todo para estar colocado en el tocador de una señora.

Ejecutado sobre pergamino y encerrado en un marco de madera blanca, natural, barnizada y con junquillos de color grosella, representaba una mesa fúnebre, de unas dimensiones regulares, cubierta por un paño de terciopelo negro galoneado y con flecos de oro; sobre ella se habian agrupado, en primer término, una calavera magistralmente destacada, que parecía por su estructura y dimensiones de mujer; una bujía sobre un candelabro caprichoso, que agonizaba en sus últimos fuertes resplandores al derretir las excrecencias de cera que en forma de canalones se desbordaban por las pequeñas arandelas de metal que la sujetaban; un libro de pergamino antiguo y usado, abierto en una página con caracteres de letra antigua que no distinguía, y que debía ser algún salmo penitencial; un collar de perlas roto, un ramo de flores marchitas, y alguno que otro objeto por este estilo, formaban un conjunto heterogéneo y raro, pero agradable si se observa su combinacion artística, y hasta expresivo si un filósofo al repararlo principiaba á deducir consecuencias.

D. Félix observó mi extrañeza al reparar en el cuadro, y se sonrió, diciéndome á la vez:

—¿Le extraña á V. ver ese cuadro tan triste entre la alegría que producen tantas flores?

—Así es, repliqué; ¿es obra de V.?

—No señor; lo compré hace algunos años, cuando nació Asela.

Entonces la pequeña me agarró la mano, y mirando á su padre le dijo:

—Papá, ¿le digo á este caballero cómo le llamamos nosotros á ese cuadro?

El padre no encontró, á mi ver, muy oportuna la pregunta de su hija, y un poco contrariado, si se quiere contestó:

—Niña, no seas porfiada; ¡si eso es una broma que tu mamá y yo tenemos!

La señora la miró con dulzura, y evitando sin duda el que yo formase misterio de lo dicho por su hija y su esposo, dirigiéndose á aquella añadió:

—Sí; díselo, hija mía; ¡si ese nombre no tiene nada de particular!

Entonces á media voz, y un tanto cortada y encarnada su faz, prorumpió casi á mi oído:

—Le llaman el Ex-voto.

—¿Y por qué? pregunté inmediatamente, por decir algo.

—No lo sé, replicó la niña; mamá nunca me lo ha contado.

—¿Lo sabe V., María? continúe, al ver que la pollita no aplaudía la ligereza de su hermana.

—No señor, me dijo; y cuando no me lo han referido, ó no lo deberé saber, ó no tendrá nada de particular: ¡verdad, mamá?... añadió dirigiéndose á la suya.

—Tienes razon, hija mia; yo tampoco lo sé, y me he contentado siempre con saber ese nombre, que tu padre me dijo al colgarlo en esa pared.

—Vaya, ¡qué importancia han dado Vds. á ese nombre, que sólo ha sido un capricho! añadió D. Félix.

—Sí, le objeté; pero así y todo, ese nombre ha excitado mi curiosidad.

Después de esto me levanté y despedí, acariciando mucho á los niños y prometiéndoles ir á despedirme antes de mi partida. D. Félix me acom-

mar con paciencia y resignacion el mal trato de tus parientes. Poco tiempo te queda ya que sufrirlo, pues yo te digo que has de pasar de pastora á señora, de señora á condesa, de condesa á princesa, de princesa á reina.

Muy consolada quedó la niña, y alegre y contenta sometióse al duro trato de su cuñada, cuando al cabo de ocho dias, estando en el bosque, oyó gran fragor de armas y caballos y voces de cazadores.

Era el castellano más rico de la comarca, que salía de caza con sus amigos, y persiguiendo una traviesa cabra de Justina, que tomó por un ciervo, internóse en el paraje donde la gentil pastora estaba. Verla y encenderse en amores, fué todo uno; y sin gastar el tiempo ni perder ocasion, púsola á la grupa del caba-



4. Vestido de sociedad para señorita.

pañó hasta la puerta y me dijo al marchar:

—¿A qué hora come V.?

—Ahora; á las siete.

—Si me espera V. en su casa á las nueve, le llevaré el medallón, y ofrezco referirle la historia que ha dado margen al nombre del cuadro, y que ignora mi familia.

—Gracias; aceptado, y le agradeceré ese favor.

—Hasta luego.

—Adios.

—Adios.

Y me dirigí á mi casa para principiar la comida y aguardar á mi amigo, que deseaba fuera exacto en cumplir su promesa.

(Se continuará.)

ADOLFO R. GAMEZ.

CILA.

(Continuacion.)

Sebastiana continuó:

—No llores, dijo la aparición á la niña, y procura to-



3. Cuerpo-blusa para traje de sociedad.

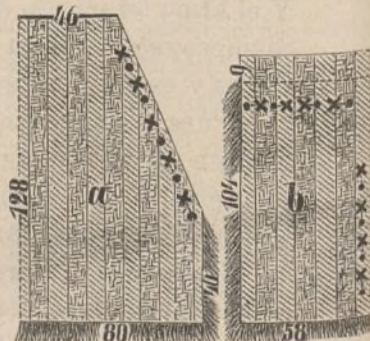


5. Traje con túnica formada por dos chales. (Véanse los núms. 6 y 7.)

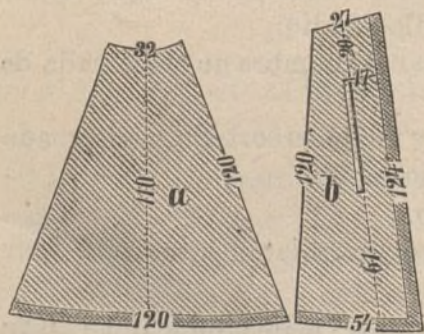


8. Traje elegante para Casino.

6. Traje con túnica formada por dos chales, visto de espaldas (Véanse los núms. 5 y 7.)



7. Croquis de la túnica formada por dos chales. (Véanse los núms. 5 y 6.)



9. Croquis de tamaño reducido de la túnica núm. 21.

e tus parien-
es yo te digo
a á condesa,

alegre y con-
cunada, cuan-
el bosque, oyó
ores de caza-

la comarca,
y persiguen-
na, que tomó
raje donde la
ncenderse en
tar el tiempo
apa del caba-

illo y la hiza

que son las
do tiene un
en el mun-
let, quien, si
uprimir las
ria la narra-
na, no fue
tan buena
hárselas de
r, y así con-
su idea:
ómo las mis-
sas y ladro-
gustos acar-
Justina, son
u suerte y...
ió Cila con-
ias tú de re-
metieras en

rdó silencio
ies de casa
al caballero
queria hacer
ran cacar



a formada
s núms. 5 y 6



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2.^a II. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

y tan valien
le hizo con
que el princ
—Eso est
que de un p
—No era
atenciones
no soltaba

por el ca
que ser en
por vered
En este
El rey
tropas á
Justina,
sin conse
que en e
cayó atra
No fal
habian d
el hijo de

y tan valiente y discreto mostróse el caballero, que el rey le hizo conde; y tan amable y hermosa pareció la dama, que el príncipe heredero se prendó de ella.

—Eso estuvo de más, *mestresa*, interrumpió Met á trueque de un pescozon de su hermana.

—No era de bronce la linda condesa á las amorosas atenciones de tan principal amante; pero la muy ladina no soltaba prenda, porque ella decia, y decia bien: si yo

ca con el asesino del esposo que la habia levantado de su miserable condicion? observó Francesch, quien por lo visto no habia quedado muy satisfecho de la enseñanza que el cuento ofrecia.

—Y ¿qué sabia ella? Y cuando no, á lo hecho pecho, opinó Sebastiana.

—Pues lo que es yo, intervino Met, colocándose á diez pasos de su hermana, no le arriendo la ganan-



17. Cofia de mañaua.



10 Flores de lana LILA.



19. Túnica con escote cuadrado.



18. Sombrero Campana.

por el camino derecho he de llegar á ser cuanto hay que ser en el mundo, ¿quién me manda meterme á mí por veredas y encrucijadas?

En esto se ofreció una guerra contra el moro.

El rey estaba algo achacoso, y dió el mando de las tropas á su hijo, quien nombró al conde, marido de Justina, por su escudero. Llevábalo siempre á su lado, sin consentir que un solo paso se desviara; y acaeció que en el estruendo y confusion del primer combate cayó atravesado por la espalda el noble caballero.

No faltó quien observara la mano alevé; pero ¿qué habian de hacer, sino la vista gorda, si el asesino era el hijo del rey?

cia á esa pastora reina, que debió verse despreciada de sus vasallos, los cuales achacarian á su oscuro origen su poco delicada conducta.

—No lo creas, hijo, objetó Sebastiana; que damas muy encopetadas y nacidas en noble cuna no hubieran hilado más delgado que ella.

—Basta, dijo Francesch disgustado del giro que tomaba la conversacion; y levantándose, significó la orden de recogerse.

—Hasta mañana, dijo Cila á la locuaz labradora.

—Hasta mañana no, contestóle, que ántes que tú te levantes, ya estaremos en la masía.

—No saldreis de aquí sin que os desayuneis con



20. Vestido con paletot figurado



16. Principio del cáliz para el capullo de la flor núm. 10.



11. Cáliz de la flor núm. 10.



14. Los cuatro pétalos para la terminación de la flor núm. 10.



12. Detalle del primer pétalo para la flor núm. 10.



13. Segundo pétalo de la flor núm. 10.



15. Parte superior del capullo para la flor núm. 10.

Volvió el príncipe victorioso, y tan fino y rendidose mostró con la viuda, que ésta hubo de ceder á la postre, cumpliéndose la predicción que dijo habia de pasar de pastora á señora, de señora á condesa, de condesa á princesa, de princesa á la corona, que heredó con su marido á la muerte del rey.

—¿Y se casó tan fres-



21. Traje guarnecido con galones bordados y plissés. (Véase el núm. 9.)

un buen plato de farra y una ruya (pedazo de tocino fresco), insistió a quella.

—No, hija, no te molestes; ya nos desayunaremos en llegando.

Cila corrió a la despensa, tomó una butifarra y un pedazo de queso, a los que reunió medio pan, y entregándolo todo a Sebastiana, le dijo:

—Vaya, pues, para el camino.

La payesa la abrazó, diciendo a media voz:

—Adios, hermosa; no olvides que una niña es por un rey.

—Siempre que él la quiera, contestó Cila riendo.

—Por de contado; pero si tú no aprovechas la ocasión, no será porque la ocasión no se te brinde a cada paso; pero tú lo que eres es una picarilla que quieres hacerte valer y retardas el sí para ponerle mayor precio...

—Cila, apaga bien la lumbre, que sopla la tramontana y pudiera producirse un incendio, y en seguida a la cama, ordenó Francesch.

VI.

LA CANCIÓN DE LA MARINERA.

Cuando Cila se levantó, hacía dos horas que el sol debía estar sobre el horizonte; si bien era la niebla tan densa aquella mañana, que impedía se sintiese su benéfico influjo.

Los huéspedes habían partido; Francesch y Met estaban al trabajo.

La niña halló el hogar encendido, y junto al fuego la olla del farro, conteniendo una tercera parte de este alimento, destinado sin duda para su desayuno. Aun cuando ella reconoció en todo esto la bondadosa mano de Met, ruborizóse; no estaba acostumbrada a que otro le hiciera la hacienda.

Preciso era que la niña hubiese pasado muy mala noche, cuando tan tarde se levantaba; bien lo decía además la densa palidez de su rostro y las profundas ojeras que circundaban sus párpados.

Echó en un plato dos cucharadas del desayuno; mas, apenas lo hubo gustado, dejó con visible repugnancia aquel pobre alimento. Tomó una rebanada de pan, pero después del primer bocado arrojólo. Aquel mismo pan amasado por sus manos, un año atrás le sabía dulce y sabroso; después fuéle pareciendo duro y amargo; hoy llegaba a hacersele insoportable por vez primera.

Dejóse caer en el escot y apoyó la frente en sus manos; pero al punto la levantó y se dijo:

—¿Por qué habré tardado tanto en despertarme? ¡Ay! ¡sonaba tantas cosas!

En seguida añadió apesurada:

—¡Padre ha de reñirme, ha de reñirme mucho cuando vuelva!

Y súbita, cual si quisiera remediar su pasada pereza con la diligencia presente, tomó un trozo de jabón y una canasta de ropa que colocó sobre su cabeza, y salió al campo.

La mañana era de las más frías de Enero; la fuerza del sol no bastaba a disipar la niebla, y el aire punzante y sutil helaba a su contacto.

Cila, con la canasta en la cabeza, desnudos los hermosos brazos, seguía el senderito que conocemos; y era tanto el frío que sentía y el dolor que éste ocasionaba a sus miembros ateridos, que las lágrimas empañaban sus ojos, hasta no ver dónde ponía los pies.

Por fin se detuvo junto a la charca y descargó su cabeza. El agua estaba cubierta de una espesa capa de hielo, y el romperla le costó gran trabajo. Apenas mojó en ella sus delicados dedos, sintió un dolor tan agudo, que la pobre niña rompió a llorar.

Pero comprendiendo que de permanecer inmóvil quedaría helada, púsose a lavar la ropa entre ayes truncados y hondos suspiros.

El trabajo era rudo, muy rudo para la pobre niña; pero su padre, tan inflexible y severo, tenía ya que reprenderle una falta.

El afán y el movimiento restablecieron el calor en sus miembros, y el sol que fué a derretir en parte los cristales del arroyo secó las lágrimas en sus mejillas.

Una vez terminada su faena, tendió la ropa en los sarmientos, yendo a sentarse después en el rústico banco que junto a la balsa había; cruzó un pie sobre el otro y dejó caer los brazos a lo largo de la cintura, con muestras de profundo cansancio y desaliento.

El sol le enviaba sus rayos más bellos, cual lo son siempre los que vienen en pos de una nebulosa mañana; pero la niña nada veía, no sentía nada de cuanto pasaba a su alrededor.

Vagaban ante sus ojos los personajes de la narración de Sebastiana y las imágenes deslumbradoras que ahuyentaron su sueño. Sus ambiciosas ilusiones, las pro-

mesas del noble Arnau, que le brindaban un porvenir de fausto y grandeza, las últimas tentadoras frases de Sebastiana, y hasta las objeciones de su padre, que, pintándole imposible otro destino que no fuera el de pobre payesa, la herían en su orgullo, todo eso bullía en su exaltada mente, y en el fondo, como los matices perdidos de un cuadro, aparecía Ángel con su gallarda figura, su amor inmenso é ilimitada esperanza.

Tan preocupada se hallaba la niña en estas imaginaciones, que no acertó a ver una sombra que recatadamente dió la vuelta a la glorieta hasta colocarse a su espalda.

Cila quiso rechazar los vagos fantasmas que la perseguían, y para distraerse púsose a cantar; pero tan engolfada se hallaba en sus ideas, que la canción que eligió fué la que mejor se apropiaba a la situación de su ánimo.

Decía así:

De duas germanas en tinch,
So la mes vella,
Una es casada ab un rey
L'altra es primseca;
Y jo, pobreta de mi,
So marinera....
Una porta vestit d'or,
L'altra de seda;
Y jo, pobreta de mi,
Sols d'estameya:
L'una porta tapins d'or,
L'altra de perlas;
Y jo, pobreta de mi,
Sols espardeyas.

Al terminar la última estrofa, Cila exhaló un grito y llevó la mano a su garganta. Una pesada y deslumbrante cadena de oro la ceñía en varias vueltas y aun colgaba sobre su seno.

A los pies de la gentil payesa se hallaba el enamorado caballero, el noble y poderoso Arnau.

El primer movimiento de la niña fué huir. Pero ¿cómo alejarse con la cadena? Intentó quitársela; quiso desasir sus manos de entre las de su amante, mas éste las cubrió de anillos, y cual si aquellas joyas tuvieran un peso enorme, sus manos cayeron sin fuerzas sobre sus rodillas...

Inclinó la frente, y el arroyuelo la retrató tan seductora con sus ricas joyas, que herían los rayos del sol, y que si formaban singular y gracioso contraste con la pobreza de su atavío, armonizaban sobremanera con el lujo de sus gracias...

Media hora después, Arnau regresaba a la Farga con el corazón rebosando esperanza y felicidad. Cila volvía a su casa, cargada de joyas, pero pálida y abatida, en tanto que el eco de la montaña repetía de roca en roca un sí, que, al separarse del noble caballero, dejaron escapar los trémulos labios de la hermosa payesa.

VII.

¡ARRE, MATUTINA!

¡Cuán dichosa es la tierra, que no envejece nunca! Ella no hace otra cosa que ir alternando los variados trajes que simbolizan sus estaciones, volviendo a ser siempre lo que fué; mientras que para el hombre jamás volverá lo que una vez haya sido. ¡Cuán dichosa es la tierra!

El ameno senderito que conduce al caserío del buen Francesch vuelve a estar engalanado como nunca. Las espigas de esmeralda se balancean a las auras de Mayo, suaves y apacibles; los pámpanos empiezan a querer trepar por la glorieta, y el arroyuelo corre a su sabor, salpicando con mano pródiga de diamantes y perlas las flores que alfombran su camino y abren sus diminutas y perfumadas corolas a los primeros rayos del sol que promete un día sereno y delicioso.

Met aparejaba lenta y silenciosamente a Matutina en la plazoleta contigua al caserío. Cila, de pie en sus umbrales y apoyada la sien contra la pared, jugaba distraída con las cintas de su delantal de estameña. A veces fijaba una inquieta y tímida mirada en el muchacho, y la desviaba al punto que éste le dirigía la vista. Otras, era Met quien parecía interrogar a su hermana con los ojos, y bajábalos confuso al encontrarse con los de ella.

Aquel silencio y aquellas miradas tenían algo de sombrío y doloroso, que se hallaba en completa contradicción con la primavera de la naturaleza y la primavera de sus años.

Cila había cambiado mucho en los cuatro meses transcurridos; siempre inquieta y azorada, como la risa de sus labios huyeron las rosas de sus mejillas, ni reflejaban ya sus ojos el cielo puro y radiante; imagen eran del mar agitado y turbulento.

Junto al hogar, y en sitio oculto por un escabel, es-

taba la tierra removida; entre aquella tierra se escondía el tesoro tan rico cual costoso a la pobre doncella. En un cofrecillo de sándalo, con incrustaciones de oro, guardábanse multitud de valiosas alhajas que constituían por sí solas una fortuna. Cuando la cocina estaba habitada, Cila no vivía, temerosa de que lo descubrieran; cuando quedaba sola, atrancaba la puerta, corría a desenterrar el precioso cofrecillo, desparramaba su contenido por la tosca mesa, y así la sorprendían las horas, unas en pos de otras, contemplando con ávidos ojos y acariciando con febril movimiento la deslumbrante pedrería... Mas ¡ay! que al fin el rubor invadía su frente y el llanto inundaba su rostro!

El noble Arnau no había pedido aún a la hermosa payesa el precio de las ricas joyas que con tanta prodigalidad le ofrecía. Mas ¿qué podía responderle ella el día en que se lo demandase? ¿Qué había de hacer, sino inclinarse la frente, cual la inclinó a la primera cadena de oro con la que su voluntad subyugara el galán caballero?

Había momentos en que la sangre honrada del buen Francesch, que corría por sus venas, se sublevaba en su corazón, y la niña concebía una resolución digna y generosa que borrara la liviandad de su conducta. Aun era tiempo. Podía devolver las joyas, rescatando con ellas la primitiva alegría de su alma, el derecho de levantar su limpia frente, presentándola sin rubor a los besos de su padre. Aun era tiempo.

Mas ¡ay! eran tan hermosas! Los anillos todos venían justitos a sus pulidos dedos; las pulseras hacían resaltar la morbidez y blancura de su torneado brazo; los collares y arracadas ¡en cuántos y cuántos quilates no aumentaban su natural belleza!

Y por otra parte, ¿no eran suyas aquellas joyas? ¿No las había comprado con las luchas de su corazón, con la vergüenza que tenía de rubor su frente? ¿No las adquirió a costa de su primer y único amor? ¿No las recibió a trueque de fingir protestas y mentir halagos al hombre a quien no quería? ¿Cómo desprenderse de aquellas deslumbrantes y tentadoras alhajas, adquiridas a tanto precio? ¿Cómo desprenderse de ellas, sin conservar una sola?

Así razonaba Cila, y volvía a guardar el cofrecillo, y cubríalo con tierra cuidadosamente; y por eso la alegría no tornaba a su corazón; y por eso su frente se miraba mustia y abatida; y por eso temblaba ante su padre la ambiciosa payesa.

Met también había sufrido un cambio, acaso más notable que el de su hermana; ya no era el travieso y alegre niño que conocimos; pudiera decirse que habían pasado veinte años por él. Al igual que Cila, parecía temeroso y sobresaltado; no se atrevía a mirar a la gente cara a cara, y huía, cuanto le era posible, la presencia de su padre adoptivo. Era que Met se había constituido en espía del honrado viejo; él acechaba y prevenía sus pasos cuando los dos amantes se reunían en la glorieta.

Met quería a Ángel como a un sér superior, como a su primer y único amigo, y harto comprendía que obraba mal en contribuir por su parte a la negra é inmerecida traición que se le hacía. Met respetaba y quería al buen Francesch como a un padre, con mayor veneración y gratitud aún, pues ningún derecho tenía a sus beneficios; é igualmente comprendía el despejado entendimiento del muchacho todo lo infame de su proceder, todo lo ruin y vergonzoso de su conducta; pero sobre cuanto podía decirle su entendimiento, estaba su corazón, y su corazón era todo de Cila. A los catorce años no podía comprender aún cómo la amaba, pero sí comprendía que la amaba sobre todas las cosas. En los amores de su hermana adoptiva y Ángel, fué intermediario de ellos con orgullosa alegría; en los de la misma y el noble caballero éralo también, aunque con dolor y vergüenza. Si a los primeros se levantó en su corazón una voz que pudiera juzgarse interesada, bastóle para acallarla decirse a sí mismo que Ángel era digno de Cila; si hoy su generoso pecho lamenta la suerte del burlado amante, para tranquilizarse se asegura que Cila es digna del caballero. Para Met no había otra voluntad que la de su hermana; a ella había sacrificado sumo y contento el encantado porvenir que envuelto entre las postreras brumas de la infancia, é iluminado por los primeros reflejos de la juventud, su alma descubría; a ella había sacrificado más tarde su mejor amigo, su honrado y generoso protector, la perenne alegría de sus verdes años, y hasta la calma de su conciencia.

Met acabó de aparejar la mula, sujetando dos costales de trigo sobre sus lomos.

Cila inclinó más y más la cabeza, clavó en tierra sus ardorosas pupilas, y preguntó con voz débil:

—¿Adónde vas?

—A Figuéras, contestóle, trazando un círculo en el suelo con la punta del látigo.

Después trazó otro círculo, y otro, y otro. Cila no desplegó los labios. El muchacho hizo ademán de marcharse; el mismo silencio. Por fin levantó su expresivo

ostro, y fijando resueltamente los ojos en su hermana, preguntó:

—¿Qué le digo?...?

—Nada, balbuceó la niña.

—¡Arre, Matutina! exclamó Met, dando con toda su fuerza á la mula, que echó á correr cuanto la carga le permitía.

(Se continuará.)

AURORA LISTA.

LA CASA DEL INDIANO.

TRADICION POPULAR.

I.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

En los confines de la fértil Navarra y la hermosa Guipúzcoa, donde la primera empieza á enseñorearse de sus dominios levantando con arrogancia sus montañas que se extienden á formar la cordillera del Pirineo, duerme reclinada á la falda del monte, y sirviendo de entrada á un ameno valle sembrado de caseríos que toman al unirse el nombre de pueblos, la modesta villa de Betelu, ignorada casi hace unos cuantos años, y á la que va dando nombre y fama el establecimiento de aguas termales que, situado á muy corta distancia entre el desfiladero de dos montañas, lleva su nombre.

Betelu ofrece á la vista, fatigada y entristecida por el espectáculo de montañas que limitan á uno y otro lado el horizonte, dejando sólo percibir la techumbre de un cielo plomizo, la belleza del paisaje, del ancho cielo, del risueño valle siempre verde y fertilizado por un río que al abrirse camino por entre las montañas proyecta cascadas y accidentes que harían la delicia y desesperación de un pintor poco acostumbrado á vencer dificultades del arte. Como toda población antigua, las calles de Betelu son irregulares, anchas á manera de camino real, estrechas á semejanza de callejón; pero en cambio sus casas, aun las mas modestas, tienen cierto aire señorial que completa el escudo colocado invariablemente sobre la puerta de entrada. ¡Ha sido la nobleza condición general entre los habitantes de aquella villa, ó en la rudeza y sencillez de los tiempos primitivos se consideraba sólo adorno de arquitectura lo que hoy es símbolo de nobleza? Nadie ha sabido sacarme de la duda, y personas de muy buen entendimiento opinan por lo segundo, al ver tan repetido emblema en tan apartado lugar.

Pocas curiosidades ofrece Betelu al viajero, ávido siempre de descubrir algún indicio histórico, y acaso no las ofrece porque la sencillez y lealtad navarras no se prestan á señalar tal ó cual vivienda como de un paladín que se distinguió en la batalla de Roncesvalles, ó una piedra pulida y primorosamente guardada porque en ella se dignó apoyar la planta para montar á caballo el rey D. Ramiro. ¡Nada más fácil que tener antigüedades célebres, cuando se quieren buscar!

Y sin embargo, en este país ajeno al fingimiento, de más nobleza de carácter que riqueza de imaginación, os llevan á ver, con cierto respeto que vela un mal disimulado orgullo, la *Casa del Indiano*, que es, en medio de tanta casa señorial, verdadero palacio con primores arquitectónicos que envidiaría cualquiera de los suntuosos palacios que produce la arquitectura moderna. Pero ¡ah! derruido se mira el piso marmóreo de su gran balcón, que corre la fachada entera! ¡Libre está su puerta de roble, tachonada de estrellas cobrizas, á todo el que quiere tomarse el trabajo de abrirla y penetrar por ella! ¡Solitario y cubierto de hierba está el pavimento de su hermoso patio cuadrado, y pabellones de telarañas corren de una á otra de las doce columnas de mármol que sostienen el severo balconaje que le circunda! ¡Escalera de mármol negro da acceso á los salones, destruidos por la acción del tiempo, y el alma se suspende al contemplar unidos tanta grandeza y abandono tanto! Pero la casa tiene su tradición, su historia triste, y parece hecha con tanta riqueza, con tanta solidez, para soportar más largo tiempo el peso de su inmensa pesadumbre.

II.

Cuéntase en el país que vivía por el siglo XVI enfrente de aquella casa un rico labrador, padre de la hermosa doncella llamada Gilda. Muchos eran los mozos que, prendados de sus encantos, rondaban las ventanas de la casa de la rica labradora, y muchos los que, al volver Gilda de los maizales, salían á su encuentro para ayudarla á llevar su granada carga, ó al recoger la fresa de los fresales la entretenían más de lo necesario en su tarea para decirle requiebros que no alcanzaban una promesa de amor. Decíase que la hija era tan desdeñosa como el padre avariento, por más que las lenguas murmuradoras de la villa afirmaban que la desdeñosa doncella favorecía con sus miradas al pastor Ubaldo, que más de una vez volvió con su ganado del monte más pronto que de cos-

tumbre por encontrarse al paso de su joven señora que salía á paseo con otras mozas, y no dejó de notarse que en alguno de estos encuentros Gilda se apartaba á cambiar algunas palabras con su criado, que de seguro no siempre eran órdenes de la señora ni rendimiento de obligaciones del pastor. Andando el tiempo, no fué un misterio para nadie que Ubaldo habíase atrevido á poner los ojos en la hija única de su señor, y que ésta, si escuchaba los galanteos de los otros mozos, guardaba su más dulce sonrisa para cuando se los decía el humilde Ubaldo.

Quizá merced á la protección de su señora fué ganando Ubaldo en jerarquía, y cuando de pastor hubo pasado á criado de la casa, y de criado á mayoral y representante de su señor en ausencia suya, atreviéndose, ciego y olvidado de su suerte, á pedir la mano de la hermosa Gilda.

¡Atrevimiento inaudito! El rico y altivo navarro no se indignó como se había indignado con otros pretendientes que sin títulos ó sea sin fortuna habían aspirado á la dicha de ser su yerno; hizo alarde una vez más de su benevolencia con el fiel servidor, haciéndole comprender con dulzura, pero con firmeza, que su hija merecía casamiento más ventajoso. Ni una mirada de desconsuelo de la hermosa Gilda sirvió de lenitivo al dolor del infeliz Ubaldo: presente á la negativa de su padre, daba vueltas entre sus manos al extremo de la hermosa trenza de sus cabellos, y cuando Ubaldo, loco de amor, de desesperación, la instó para que le ayudase á vencer la resolución paterna, recordándole todas sus promesas, pintándole con la vehemencia ruda de la pasión que los bienes del alma valen por todos los tesoros de la tierra, la hermosa niña inclinó al suelo sus hermosos ojos y murmuró:

—Ya ves, ni siquiera tienes casa....

Ubaldo calló.... calló porque, cuando la razón se turba y el sentimiento grita, las palabras faltan, y atropellándose unas á otras en la garganta, en lugar de salir ahogan....

Calló; salió como un loco de aquella casa, y en mucho tiempo no se volvió á saber de él; pero al salir cruzó quizá por su mente la divina sentencia: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.*

III.

Pasaron algunos años, y la hermosa y desdeñosa Gilda no se casaba. Quizá ni el padre ni la hija encontraban empleo digno, el uno para su fortuna, la otra para su persona. Quizá también una leve esperanza de que Ubaldo volviese un día con fortuna sostenía á Gilda en su estado honesto.

No se engañó: á los pocos años, Ubaldo regresaba de los mares del Pacífico y de continentes nuevamente descubiertos, con fortuna espléndida.

Corrió en breve la noticia por toda la villa, y al llegar á los oídos de la orgullosa Gilda, consiguió comover aquel corazón de piedra. ¡Ubaldo en Betelu! ¡Ubaldo rico! ¡Qué bien había hecho en esperar! ¡Cómo agradecería él tamaña fineza!

Esperóle al día siguiente ataviada con sus mejores galas, y Ubaldo no pareció: pasó otro día, pasó el siguiente, y Ubaldo, alojado en la posada de la villa con la esplendidez posible en aquellos tiempos, cuidábase poco de su antiguo amor. El corazón de Gilda empezaba á oprimirse de pena, cuando enfrente, enfrente de sus ventanas, principió la construcción de una casa cuya magnificencia se decía iba á dejar atrás á todas las maravillas conocidas hasta entonces. El corazón de Gilda respiró con alegría. Ya se explicaba por qué Ubaldo no venía á su presencia. Le había desdeñado porque no tenía casa, y no quería presentarse á ella hasta tenerla.

Cada una de las piedras de aquella casa parecía á Gilda un escabel para llegar á la dicha: cada uno de los martillazos que al amanecer le quitaban el sueño, estrechaba de felicidad; y cuando por fin vió colocar el arrogante escudo que corona su puerta majestuosa, sonrió satisfecha como quien alcanza con la mano el sueño que persigue la fantasía.

No obstante, las obras se acabaron, la casa se alhajó primorosamente. *El Indiano*, como llamaban á Ubaldo y siguen todavía llamando á los que regresan del Nuevo Mundo con fortuna, instalóse en ella con numerosa servidumbre.... pero no se casó. En vano Gilda se asomaba á sus ventanas, cantaba, y para llamar su atención lanzaba carjadas que terminaban en llanto.... Ubaldo parecía no haberla conocido nunca.

No faltaron personas oficiosas que aconsejaron al opulento indiano que se casara, y varias fueron las que lamentaron la soledad y tristeza de aquel palacio, que estaba pidiendo un sér que animara su interior, que diese alegría á tanta riqueza.... Ubaldo sonreía melancólicamente, y ya un día que le impacientaron más y llegaron hasta á recordarle sus amores con la hermosa Gilda, exclamó:

—¡Es poca mujer para tan grande casa!

Y volvióse á ocultar una lágrima que asomó á sus ojos.

Gilda, despechada, enamorada más que nunca del que tan cruelmente la castigaba, fué perdiendo día por día.

Ubaldo, que se ahogaba en aquel palacio, que era para su inmensa pena estrecho recinto, emprendió nuevos viajes, y cuando regresó al país, la hermosa Gilda, en lo mejor de su edad, había bajado á la sepultura.

Quizá ella también había suspirado al morir con el dolor del remordimiento:

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

IV.

La casa de Gilda no existe, y un erial se extiende delante de la opulenta casa que aún se conserva como ejemplo de la soberbia humana. No busqueis en su aspecto nada risueño; no hallaréis ni en sus fachadas ni en su recinto un pilar ni un capitel que no infunda tristeza al alma. La riqueza allí amontonada impresiona, pero no cautiva; la regularidad y belleza del edificio desaparecen bajo el aspecto sombrío que le envuelve.

Palacio levantado por el despecho y para servir de castigo á la ambición, no debía albergar más que la tristeza, y símbolo de tristeza se conserva á través de los siglos.

Penetrad en cualquiera de las casas que le rodean, en las más humildes que se destacan en las montañas como nidos entre el follaje, y las hallaréis, aunque humildes, risueñas.... En aquel palacio, en cambio, las paredes pesan, el cielo que se descubre por su patio abandonado parece mucho más triste, y disputado por muchos pretendientes y sin ningún dueño, ha venido á ser habitación de las ratas que se enseñorean por sus derruidos salones.

En las unas hallaréis entre pobreza la alegría.... en la otra el desconsuelo entre la opulencia. Dichosos los que se contentan con poco, los que prefieren á los bienes de la riqueza los bienes del alma: ellos son los únicos que dan la felicidad, y á la felicidad Dios la hace albergue, unas veces en casa abundante, otras en cabaña pobre, y otras en humilde nido que el pajarillo labra entre las ramas.... Ella convierte en rica la más pobre mansión; las malas pasiones, en cambio, hacen tristes palacios tan suntuosos como el que se conoce en Betelu por *La casa del Indiano*.

JOAQUINA BALMASEDA.

Hemos recibido preciosas soluciones en verso de las dos charadas que aparecieron en el número 29 de EL CORREO, *Camelo* y *Azabache*, debidas á la señorita Margarita de Pons, de Mahón, y Doña Concepción Requena y D. Francisco Fernandez, de Almagro, y pedimos perdón á sus autores de no haberlas publicado, pues no llegaron en tiempo oportuno á esta Redacción.

Soluciones á la charada que apareció en el número 31 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Agosto, por las señoritas Doña Candida Oriol, de Flix; Doña Carlota Martínez, de Sangüesa; Doña Justa Pardo, de Avila; Doña Benita Quiñones, de Valencia; Doña Josefa Payol, de Tarragona; Doña Teresa Diaz Vera, de Zamora; Doña Lucía Ponte, de Burgos; Doña Leonor Quijano, de Tuy, y Doña Carmen Yoz, de Calahorra.

CHARADAS.

I.

Prima y tercera es el nombre
De un mocito muy cabal,
Y la tercera con la prima
En los árboles está.
Tercia y segunda hago yo
Algun toro al divisar,
Y el todo es destino ó cargo
De un hombre de dignidad.

DANIELA MIRANDA.

II.

Es mi prima con tercera
Bicho que en agua se cria,
En las lagunas y arroyos
Y de los ríos á orillas.
Allá en los grandes harems
Se encuentran segunda y prima,
Y en un árbol muy frondoso
Se cria con mucha estima.
En los desiertos del Asia
Hallanse segunda y tercia,
Y es animal muy gracioso,
Aunque de rara presencia.
Mi primera con segunda
Ofrezco de buena gana
A la linda señorita
Que adivine mi charada;
Pero no puedo cumplirlo
En esta ciudad menguada,
Porque no hay cosa de gusto
Para cumplir mi palabra.
Y el todo, bellas lectoras,
Es el nombre de una dama,
Retrato de Dulcinea
Y parienta muy cercana.
Un vecino que yo tengo,
Pariente de Sancho-Panza,
Por no desmentir su tipo
La ha tomado por criada.

FRANCISCO FERNANDEZ.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Dijimos ya el modo de conservar los tomates, las setas y las trufas para el invierno, y hoy seguiremos tratando de este mismo asunto. Las judías verdes se conservan perfectamente cortándolas un poco de las dos puntas, quitándoles la hebra, y puestas en una cesta ó ensartadas en hilos como rosarios, se introducen por espacio de dos minutos en agua hirviendo. Luego se extienden á la sombra en un paraje ventilado para que se sequen, pero no al sol, porque perderían su hermoso color verde. Algunos acaban de secarlas en el horno cuando éste no está más que tibio.

Se guardan en lugar seco, en saquillos de papel, y cuando se quieren comer se ponen en remojo por seis u ocho horas. Despues de cocidas parece que se acaban de coger.

Los pimientos se conservan colgados del techo por los pezones, siendo preferibles los de las últimas cuajas de Octubre. También se guardan entre arena bien seca, puestos en lugar que no sea húmedo y de modo que no toquen unos á otros.

Las plantas y semillas aromáticas, como hierba-buena, mejorana, anís, hinojo, etc., se conservan cogiéndolas en la época de la eflorescencia, pero cuando ya estén hechas las semillas, y se guardan en saquillos de papel bien cerrados.

También son muy útiles los encurtidos ó conservas hechas por medio del vinagre, y de las que se puede echar mano en un convite improvisado.

Su preparación es la siguiente:

Los pimientos se cogen aún verdes, en tiempo seco; se les

quitan los pezones y se parten por su largo en dos ó cuatro pedazos, según sea su tamaño; se quitan las semillas y se ponen en buen vinagre.

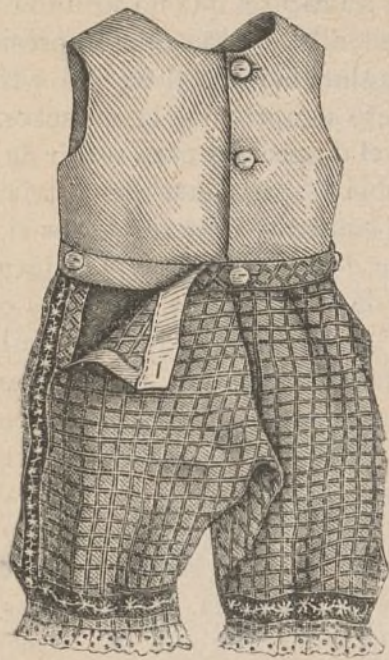
A este encurtido no se acostumbra ponerle sal, aunque tampoco le perjudica.

Los tomates se escogen bien enteros, se ponen algunos días al sol; haciéndoles algunas incisiones, se echan en una fuerte salmuera; al cabo de unos días se colocan en botes de vidrio, se llenan éstos de vinagre fuerte y se guardan herméticamente cerrados.

Las alcaparras son el botón de flor de la planta del mismo nombre antes de desenvolverse, siendo los mejores los más tiernos y que menos próximos estén á abrirse, debiendo cogerse á la madrugada.

Antes de ponerlos en vinagre se tienen al sol tres ó cuatro horas. Luego se echan en las vasijas y encima vinagre fuerte hasta que se rebose; se muda el vinagre cada semana, y á la cuarta se guardan bien tapados, habiendo antes mudado el vinagre por la cuarta y última vez. Los alcaparrones y las flores de la capuchina se preparan del mismo modo.

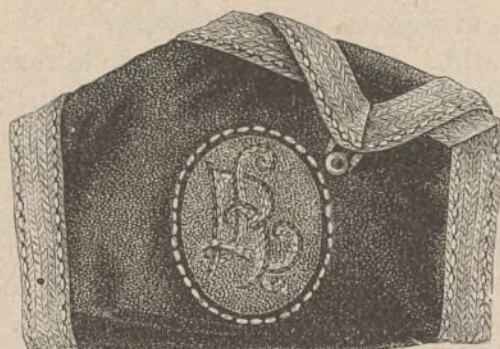
Los pepinillos, así que se cogen,



23. Pantalón y cuerpo interior para el traje de niño núm. 22.



22. Traje completo para niño. (Pantalón, cuerpo interior, blusa y falda. Véanse los núms. 23 y 24.)



25. Estuche para tafetán inglés.

gon, hinojo, laurel, algunas cebollitas ó escalonias, dientes de ajo, frutos de capuchina, algún pimiento de cornezuelo, si se quiere que piquen algo, y la sal correspondiente.

La conservación de estas sustancias depende de que estén perfectamente cerradas.

Es necesario, pues, para ello, procurarse tapones del corcho más fino, y emplearlos muy secos.

En cuanto á las vasijas, son preferibles las botellas de boca grande ó botes de vidrio ó loza, procurando que estén completamente llenos y guardándolos en paraje fresco.

Si los encurtidos deben servir para ensalada, se ponen antes en agua fresca, y en agua tibia si han de cocerse, para que pierdan una parte de su acidez.

**

Correspondiendo á los deseos de muchas suscriptoras, vamos á indicar el modo de tomar las medidas necesarias para obtener un buen patrón.

Vuelta de la cintura, tomada por entero.

Ancho de pecho (mitad), desde el centro de delante hasta debajo del brazo.

Ancho de espalda, tomado lo mismo que acabamos de decir.

Largo de manga, doblado el brazo y siguiendo la costura de atrás.

Largo de los costadillos de delante y atrás, aunque estas medidas no son tan necesarias.

Si el patrón debe ser de falda ó túnica, debe añadirse el largo desde la cintura hasta el suelo.



24. Blusa y falda plegada del traje para niño núm. 22.

Explicación del figurín 1.280.

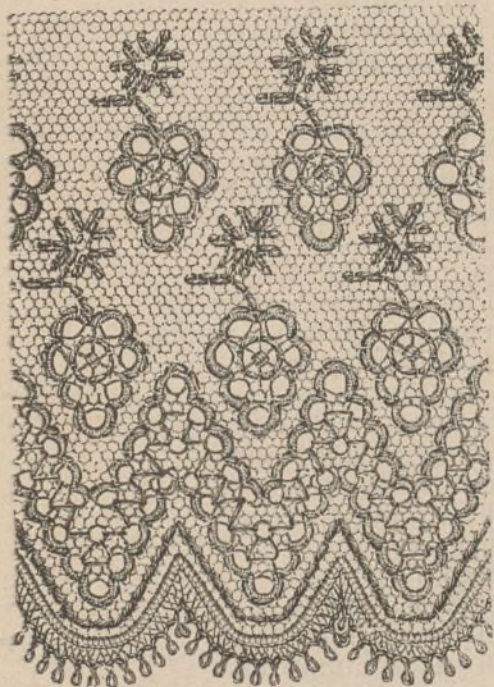
FIG. 1.^a Traje de recepción ó de comida. — La falda es de faya negra; la túnica muy larga, que no es igual de los costados, que está recogida con suma elegancia por detrás y cae ceñida por delante, es de encaje blanca color tilo, constituyendo su guarnecido un ancho galon de cinta afelpada negra sobre tul bordado con seda tilo. Toda la túnica, para que resulte más económica, puede ser asimismo de tul bordado. Completan el adorno, puestas al canto de ambos lados del galon, puntillas blancas y lazos negro y tilo. Igual adorno llevan las mangas ajustadas, que sólo llegan hasta el codo; guantes negros bordados de blanco y sombrilla negra orillada con puntillas blancas.

FIG. 2.^a Traje de paseo para señorita. — Este traje, todo de muselina, se lleva sobre un vestido interior de seda ó batista del color que se quiera. Túnica echarpe recogida atrás y adornada con un entredos bordado sobre cinta azul: cuerpo de aldetas anchas y largas, ceñido en el talle con un cinturón. Echarpe de muselina plegada doble y guarnecida de plisés, anudado por delante, puesto en los hombros como una mantileta y prolongándose por delante.



28. Vestido con manteleta.

29. Vestido princesa con cola postiza adornada de plisés.



26. Puntilla bordada en tul.

se limpian bien, frotándolos con un paño para quitarles la pelusa y granitos, y se les cortan los extremos. A medida que se quedan limpios, se echan en un vaso en que habrá vinagre muy fuerte, colocando entre ellos hojas de estra-



27. Entredos bordado en tul.

te en puntas cuadradas. Sombrero de paja azul guarnecido con flores del campo.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de la 1.^a, 3.^a y 4.^a el pliego de dibujos para bordados.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Hiedra), 7.

Editor propietario: Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid

CORREO DE LA MODA.

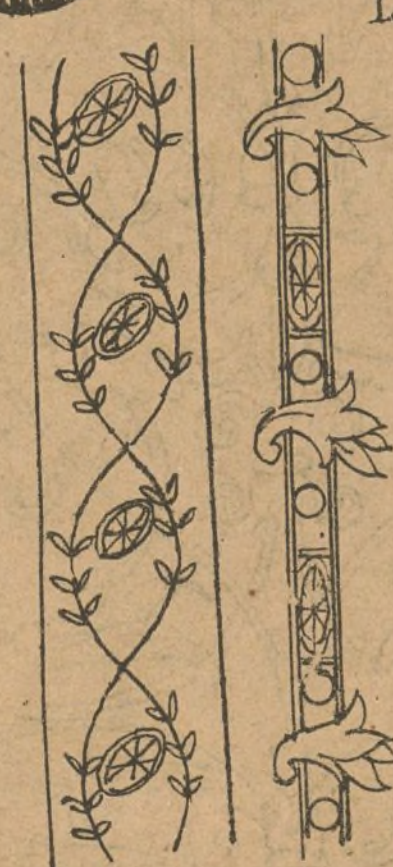
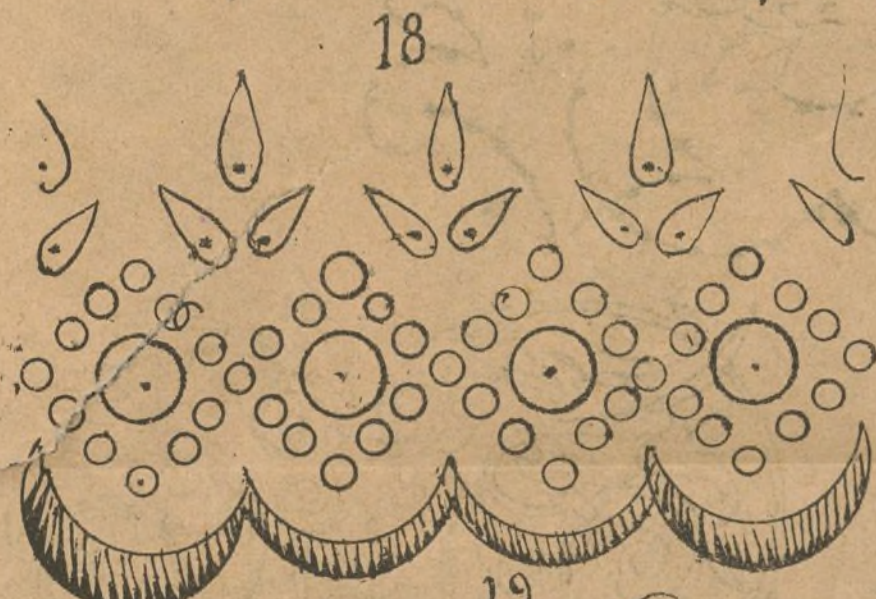
2 de Setiembre de 1877

Derecho

- Patrón de una chaqueta para niño de 7 á 10 años.
- N.º 1.—Delantero. La solapa está indicada por una línea de puntitos.
- N.º 2.—Espalda. ++++++
- N.º 3.—Manga con indicaciones para la hoja interior.
- N.º 4.—Cuello del patron de la chaqueta.
- N.º 5.—Segunda mitad del abecario para solapas, cuya primera mitad apareció en el pliego de dibujos del 2 de Agosto. Fieston y punto de armas.
- N.º 6 á 14.—Cifras adornadas.
- N.º 15.—Cuello de un cuello bordado á punto del Renacimiento.
- N.º 16.—Cuello montado en la camiseta.
- N.º 17 á 22.—Ramitos y cenefas para ropa blanca.

Revés.

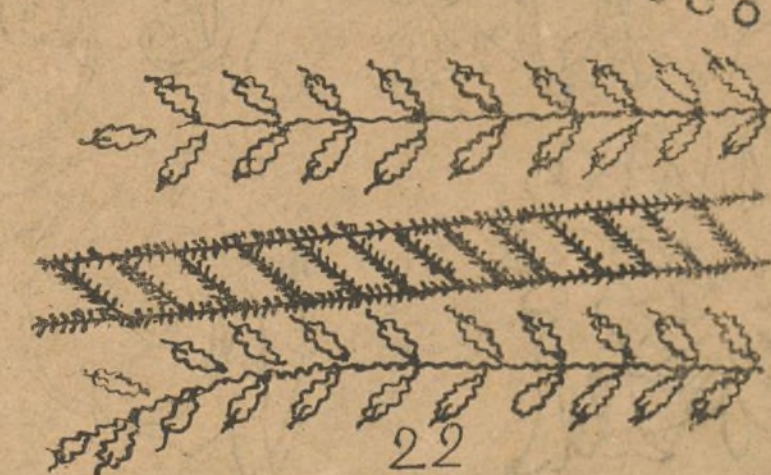
- N.º 1.—Dibajo para frontal de altar, alba ó sabanilla de altar. En el primer caso se borda sobre seda la guirnalda de lirios con hilo de oro, y la parte interior de las hojas y los pétalos con laminillas de plata, sujetas en cada ángulo con un punto de seda azul. La cifra de *Maria* puede bordarse al pasado con hilo de oro, y los rayos con laminillas de oro de mucho brillo. También podría ejecutarse á cademeta con seda blanca, y el interior de las hojas á puntos largos.
- Si debe servir para alba ó sabanilla de altar, se borda á zurcido sobre tul.
- N.º 2.—Cenefa para trajes, cortinas, etc. Puede bordarse sobre tafetan negro ó de color, crepon de China, granadina, tul ó muselina. De todos modos se ejecuta toda la labor á feston, recortando luego la tela por entre las barretas.
- N.º 3.—Dibajo para zapatilla. Los ramitos se bordan al pasado con seda rosa y verde claro, y todo lo demás con soutache de oro y lentejuela.
- N.º 4.—Tira para adornar sillerías, almohadones, ó para cordon de campanilla. Se borda todo al pasado con un solo color que resalta sobre el fondo.
- N.º 5.—Entredos para ropa blanca. Cordoncillo y barretas.
- N.º 6.—Punta de corbata, bordada sobre tul, seda ó muselina.
- N.º 7.—Dibajo para servilletero. Se hace toda la labor al pasado, de un color que destaque sobre el fondo, ó con hilo de oro.
- N.º 8.—Cuarta parte de un pañuelo. Plumétis, ojitos y feston.
- N.º 9.—Galón para adornar trajes. El modelo es una cinta de terciopelo negro bordado á cademeta con lana rosa; pero puede hacerse sobre el tejido y el color que se quiera.
- N.º 10.—Dibajo para gorro de caballero, que también puede servir para tira de mueble ó cenefa para un traje breton. Puede hacerse con soutache de color ó oro, ó bien á cademeta ó con trenzalla.
- N.º 11.—Fondo del gorro para caballero: bordado como acabamos de indicar.
- N.º 12 á 20.—Letras y cifras adornadas.
- N.º 21.—Entredos bordado á plumétis para ropa blanca.
- N.º 22.—Cenefa bordada á cordoncillo y calado.
- N.º 23.—Granada bordada á realce.
- N.º 24.—Cenefa. Bordado del Renacimiento.



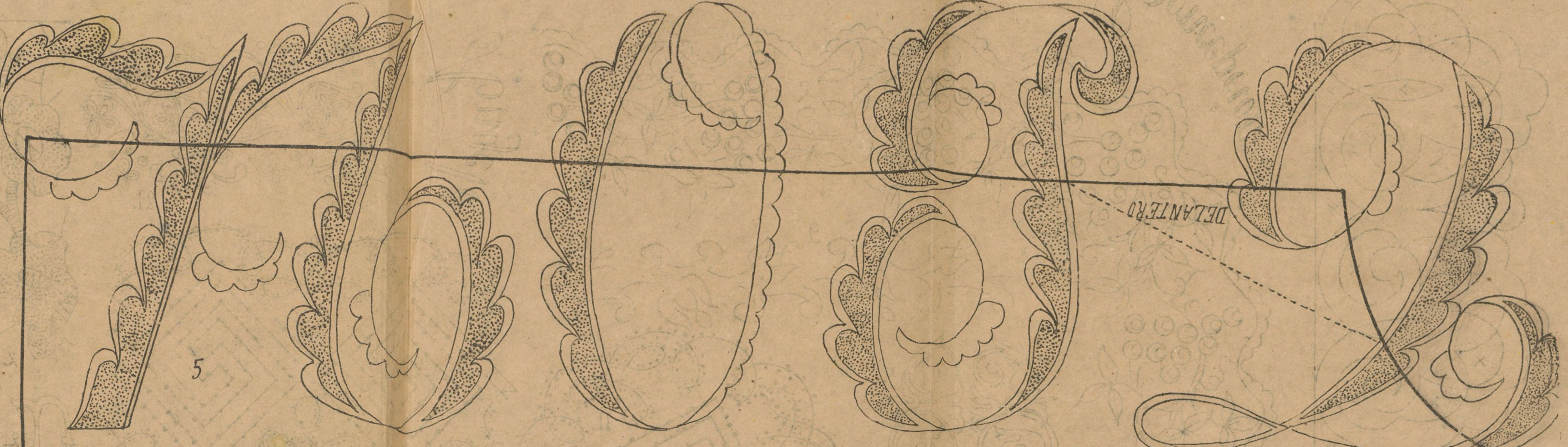
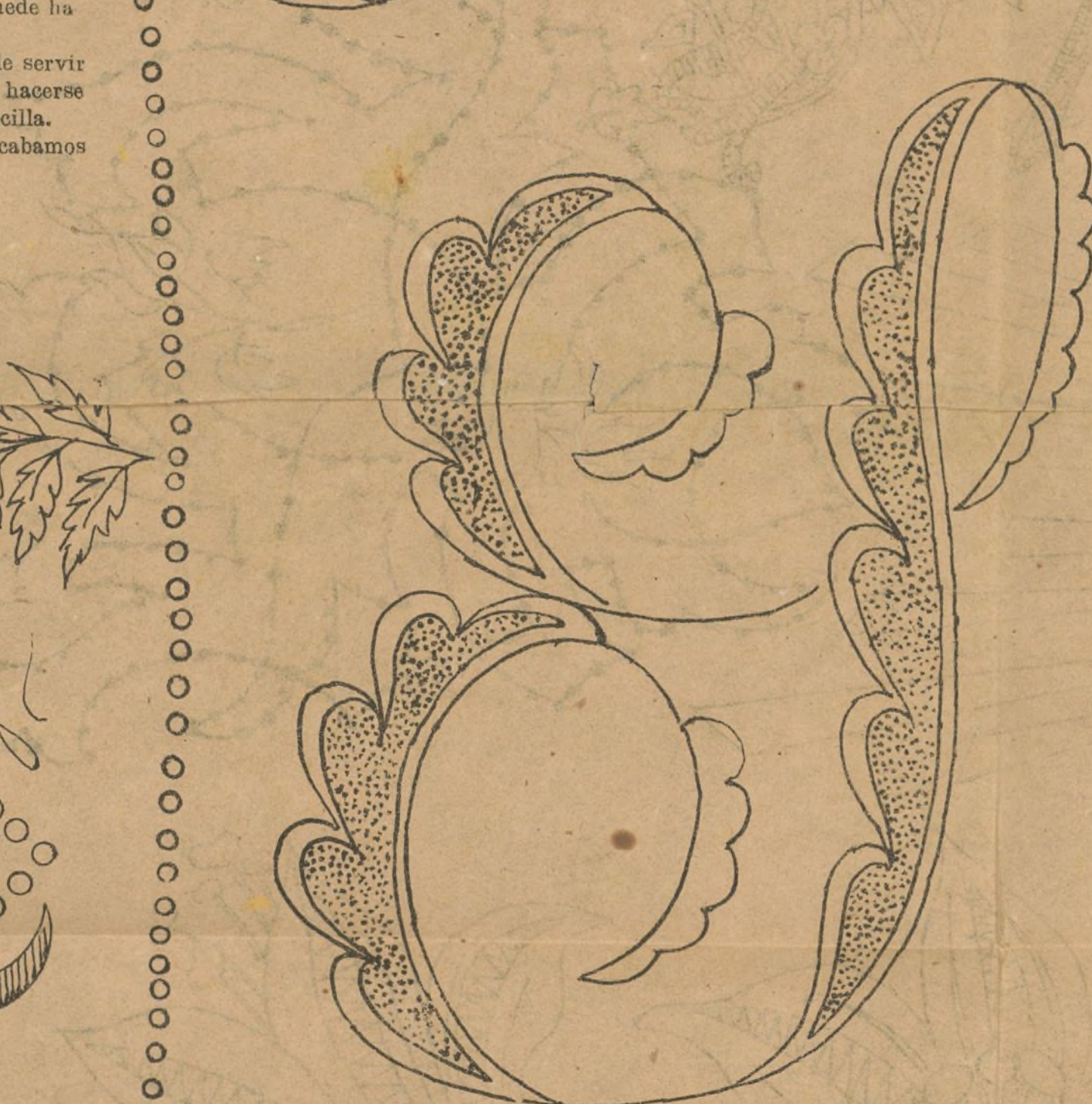
21



22



23



N.º 2 ESPALDA

